

Los Fariseos, Que Creían – 2 | Gálatas 2:12

La oposición que "la secta de los fariseos que creían" mantuvo contra Pablo y el verdadero evangelio, y la dificultad y confusión que lograron crear, fueron más fuertes y desconcertantes debido al **estímulo** que encontraron en la actitud de los propios apóstoles, especialmente de Pedro y Santiago, el hermano del Señor. Decimos "el estímulo que encontraron", porque en realidad no hubo un estímulo real e intencional por parte de estos hermanos a la obra y al curso de los fariseos que creían. Sin embargo, aunque el apóstol no dio ningún estímulo intencional, ni siquiera Pedro y Santiago el hermano del Señor, la **actitud contemporizadora y complaciente** que estos adoptaron fue tal que "los fariseos que creían" encontraron en ella aliento, se valieron de ello y lo usaron en la mayor medida posible para que sus esfuerzos fueran efectivos.

Estos hermanos, en su pretendida bondad de corazón, pensaron en armonizar los dos elementos ocupando una posición intermedia. No discernieron de inmediato con claridad la verdadera y **trascendental cuestión** que estaba realmente involucrada. No percibieron que la diferencia entre la enseñanza de Pablo y la de "los fariseos que creían" era una cuestión de **principio, esencial y vital**; por lo tanto, pensaron en encontrar un punto medio en el cual —cada lado, especialmente Pablo, modificando algunas de sus «*declaraciones enérgicas*» y cediendo algunas de sus «*posiciones extremas*»— se encontraría una armonía. Al principio no discernieron que las dos cosas no eran tan parecidas como para que se fundieran gradualmente entre sí y permitieran que se formara o desarrollara una nueva a partir de ambas. No percibieron que las dos eran de **principios absolutamente antagónicos**; que no tenían parentesco alguno en absoluto; y que, por lo tanto, el único curso verdadero debía ser el **abandono total de lo viejo** y la **adhesión completa a lo nuevo**.

Dado que Pedro y Santiago están ambos involucrados en el asunto de la carta a los Gálatas, y al menos incidentalmente en los eventos que la provocaron, es esencial para un estudio y comprensión inteligentes del libro de Gálatas que esta fase del tema sea entendida.

Todos saben que, varios años después de Pentecostés, se requirió una **visión especial**, y que la sustancia de la visión se mostrara tres veces, para romper el **tradicionalismo** en la mente de Pedro y abrir sus ojos a la verdad divina de que **Dios no hace acepción de personas** (Hechos 10). Y que este fue el objeto y la necesidad de la visión, lo confirman las palabras del propio Pedro, hablando directamente sobre ese tema. Porque cuando, en obediencia a la palabra del Señor, había ido a la casa de Cornelio y había comenzado a hablar a los «*muchos que se habían reunido*» allí, las primeras palabras que dijo fueron estas: «*Vosotros sabéis cuán ilícito es para un varón judío juntarse o acercarse a un extranjero; pero Dios me ha mostrado que a ningún hombre debo llamar común o inmundo*» (Hechos 10:28). El griego interlineal, la traducción palabra por palabra, presenta las palabras de Pedro así:

«Sabéis cuán ilícito es para un hombre, un judío, unirse; o acercarse, a uno de otra raza.» No simplemente, sabéis que es algo ilícito; sino «Sabéis cuán ilícito es.»

Pero la verdad es que nunca fue algo ilícito en absoluto, excepto por sus **invenciones farisaicas y el tradicionalismo**. Esas invenciones y tradiciones farisaicas, y ese tradicionalismo, nunca tuvieron derecho a reconocimiento alguno como ley u obligación. Y en la medida en que fueron reconocidos así, su único efecto fue invalidar toda la palabra y el Espíritu de Dios tanto en la ley como en el evangelio de Dios. Cuán ilícito era realmente, sin embargo, por ese **ceremonialismo farisaico**, merece ser declarado aquí, y se ve en esta enseñanza de los rabinos: «*Quien come con una persona incircuncisa, come, por así decirlo, con un perro; quien lo toca, toca, por así decirlo, un cadáver; y quien se baña en el mismo lugar con él, se baña, por así decirlo, con un leproso*» (Farrar, “*Life and Work of Paul*,” cap. 15, nota al párr. 4 desde el final).

En vista de esto, ¡cuán expresiva es la declaración de que cuando Cornelio se postró a sus pies y lo adoró, «*Pedro lo levantó... y mientras conversaba con él, entró;*» mostrando que Pedro tanto lo tocó como caminó y habló familiarmente con él como con un hermano! Y la explicación de todo esto fue que «*Dios me ha mostrado que a ningún hombre debo llamar común o inmundo.*» En verdad, Dios nunca había mostrado nada más: fue solo el **tradicionalismo y el ceremonialismo del fariseísmo** lo que alguna vez había mostrado lo contrario.

Pero eso no fue lo último. «*Los apóstoles y los hermanos que estaban en Judea oyeron que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios.*» Y no solo esto, sino que llegó la noticia del **terrible hecho** de que Pedro se había asociado con gentiles. «*Y cuando Pedro subió a Jerusalén, los que eran de la circuncisión contendían con él, diciendo: Entraste en casa de hombres incircuncisos, y comiste con ellos.*» Que la palabra de salvación de Dios hubiera sido predicada a hombres perdidos, y que ellos la hubieran recibido, no era nada, es más, era menos que nada. ¡En presencia del **terrible hecho** de que un cristiano se hubiera asociado con hombres incircuncisos, y hasta hubiera comido con ellos! «*Pero Pedro les expuso el asunto desde el principio, y lo expuso en orden a ellos;*» y después de dar el relato completo, les apeló a ellos mismos: «*Pues si Dios les dio el mismo don que a nosotros, que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para poder estorbar a Dios?*» Y «*cuando oyeron estas cosas, callaron y glorificaron a Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!*» (Hechos 11:1-18).

Sin embargo, aunque para esa ocasión particular reconocieron la verdad y la conveniencia del curso de Pedro, no se aferraron a la verdad. Porque cuando el evangelio comenzó a extenderse entre los gentiles, fueron algunos de estos hombres de Judea quienes fueron a Antioquía y enseñaron a la iglesia diciendo: «*Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos*» (Hechos 15:1). La **controversia** así impulsada por los fariseos que creían provocó el **concilio** en Jerusalén. En el concilio, Pedro se mantuvo firme y abiertamente por la verdad, como el Espíritu Santo le había instruido en la visión y, como se había mantenido cuando fue llamado a rendir cuentas por los de Jerusalén. Dijo lo mismo

ahora que antes (Hechos 15:7-11). El concilio decidió de la misma manera, y publicó a todas las iglesias su decisión en consecuencia.

Sin embargo, después de todo esto, los **farisaicos** seguían alimentando su **tradicionalismo y ceremonialismo**, y pronto comenzaron de nuevo a insistir en ello, especialmente contra Pablo. Sin embargo, cuando, después del concilio, Pedro fue a Antioquía, todavía se mantuvo firme y abiertamente en la verdad, y *«comía con los gentiles.»* Pero enseguida *«ciertos vinieron de parte de Santiago»* y de Jerusalén, y urgieron tan fuertemente su **tradicionalismo y ceremonialismo** que Pedro realmente abandonó su instrucción en la visión; renunció a su postura firme y consistente en Jerusalén cuando fue llamado a rendir cuentas, y cuando estuvo en el concilio; y abandonó la hermandad con los cristianos que eran de los gentiles, los incircuncisos (Gálatas 2:12).

Esto fue causado, dice el registro, *«por ciertos que vinieron,»* no solo de Judea ni de Jerusalén, sino *«de parte de Santiago.»* Esto muestra que antes de llegar a Pedro, habían afectado a Santiago; y luego, viniendo de Santiago, habían usado el **prestigio de Santiago** para afectar a Pedro y apartarlo. Santiago también se había mantenido firme y abiertamente por la verdad en el concilio. Fue su **sentencia** la que había resuelto la cuestión en el concilio. Las mismas palabras de su decisión fueron adoptadas por el concilio y publicadas como la decisión del concilio. Y, sin embargo, incluso a él los **tradicionalistas y ceremonialistas farisaicos** *«que creían»* habían logrado arrastrarlo de vuelta de la verdad.

La **verdadera posición de Santiago** en este momento, y de hecho hasta mucho tiempo después, se muestra en el relato de la última visita de Pablo a Jerusalén —su última visita precisamente por esta actitud de Santiago; incluso mucho después de que se escribiera la carta a los Gálatas—. El relato se encuentra en Hechos 21:18-26. Esta visita se hizo especialmente para ganar a los hermanos en Jerusalén. Pablo y su compañía llegaron a Jerusalén, y los hermanos los recibieron con alegría. *«Y al día siguiente Pablo entró con nosotros a ver a Santiago; y todos los ancianos estaban presentes.»* Esto muestra que Santiago era el principal objetivo de la visita, aunque todos los ancianos estaban presentes, sin embargo, Pablo y sus compañeros *«entraron... a ver a Santiago.»*

¿Y qué encontraron allí? —Cuando Pablo *«los hubo saludado, les declaró detalladamente lo que Dios había hecho entre los gentiles por su ministerio. Y cuando ellos lo oyeron, glorificaron al Señor, y le dijeron»* —¿qué, pensáis?— Comenzaron de inmediato a intentar arrastrarlo incluso a él de la **verdad del evangelio** a un **compromiso** con el **tradicionalismo** y el **ceremonialismo**.

«En lugar de hacer justicia a aquel a quien habían injuriado, todavía parecían culparlo por el prejuicio existente, como si él les hubiera dado motivos para tales sentimientos. No se levantaron noblemente en su defensa, ni se esforzaron por mostrar a la parte descontenta su error; sino que cargaron todo el peso sobre Pablo, aconsejándole que siguiera un curso para la eliminación de todo malentendido» («Bocetos de la Vida de Pablo», páginas 211-212). Y esto incluso de parte de Santiago, quien se había mantenido tan recto y verdadero en el concilio, y quien, después de escuchar de Pablo una declaración completa del **evangelio que**

predicaba, no pudo añadirle nada, ¡y por lo tanto le había dado su diestra en señal de comunión!

Le dijeron: «Ya ves, hermano, cuántos millares de judíos hay que han creído; y todos son celosos de la ley; pero se les ha informado acerca de ti, que enseñas a todos los judíos que están entre los gentiles a apostatar de Moisés, diciéndoles que no deben circuncidar a sus hijos, ni andar conforme a las costumbres. ¿Qué, pues, hay que hacer? Porque sin duda la multitud se reunirá, pues oirán que has venido. Haz, pues, esto que te decimos: Hay entre nosotros cuatro hombres que tienen hecho voto; tómalos contigo, purifícate con ellos, y paga por ellos para que se rasuren la cabeza; y sabrán todos que no hay nada de lo que se les informó acerca de ti, sino que tú también andas ordenadamente, guardando la ley. Pero en cuanto a los gentiles que han creído, nosotros les hemos escrito y concluido que no guarden nada de esto, salvo solamente...» etc., etc.

«Los hermanos esperaban que con este acto Pablo pudiera dar una contradicción decisiva a los falsos informes sobre él. Pero mientras Santiago le aseguró a Pablo que la decisión del concilio anterior (Hechos 16) con respecto a los conversos gentiles y la ley ceremonial seguía siendo válida, el consejo dado no era consistente con esa decisión que también había sido sancionada por el Espíritu Santo. El Espíritu de Dios no impulsó este consejo. Fue el fruto de la cobardía» (Ibíd., página 212).

Estos hechos arrojan una **luz poderosa** sobre la expresión de que cuando «*ciertos vinieron de parte de Santiago,*» Pedro se retiró de los gentiles y «*se apartó, temiendo a los que eran de la circuncisión.*» Esto también da una mejor idea de la **influencia poderosa** que se ejerció para hacer que Pedro retrocediera de la verdad —influencia que, de hecho, fue tan poderosa que incluso «*Bernabé también fue arrastrado por la hipocresía de ellos.*»

Pero Pablo conocía el **evangelio que debía predicar**. Sabía que era la verdad. Y aunque así quedó solo frente a lo que para él era la **influencia humana más poderosa** del mundo, no le importó. «*Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar? Nosotros, judíos de nacimiento y no pecadores de entre los gentiles, sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, también nosotros hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley; porque por las obras de la ley nadie será justificado.*»

Tanto Pedro como Santiago finalmente llegaron a una **fe clara**; pero les llevó tiempo hacerlo; y mientras llegaban a ella, su curso tuvo no poca influencia en la creación de la condición que provocó la carta a los Gálatas.

[Advent Review and Sabbath Herald | 19 de septiembre de 1899]